

ES

EDITORIAL

Brechas sociales, heridas abiertas

¿No será acaso que esta vida moderna está teniendo más de moderna que de vida?

Mafalda

Cuando le preguntaban a Joaquín Salvador Lavado (Quino) cómo se imaginaba los años venideros decía que los suponía valientes si, tal y como estaban las cosas, aún se animaban a venir. Desgraciadamente el humorista gráfico no podrá conocer el 2021 pero, desde luego, mucho coraje debe tener el nuevo año para querer asomarse a un mundo tan desconcertado y enfermo. La actual pandemia suma a los síntomas propios de la covid-19, otros que ya arrastrábamos y que son fruto de la desconexión social y de la anomia provocada por el capitalismo crónico. Si los efectos físicos nos vuelven biológicamente aún más vulnerables, los síntomas sociales amenazan la salud del bien común. Este concepto, heredero de los ideales utópicos de fraternidad e igualdad e imprescindible para reconstruir el maltrecho lazo social, está en la base de los últimos movimientos que reivindican un cambio social y político basado en la conciencia planetaria y en la justicia social. Sin embargo, el bien común aparece ahora como una utopía atravesada por los múltiples factores de riesgo de una situación sobrevenida y de pronóstico incierto: una epidemia de dimensión global que destapa la fragilidad humana y ahonda en las brechas culturales y económicas de nuestro sistema de relaciones. Ya hemos constatado las desigualdades en el proceso de detección, diagnóstico y tratamiento de la enfermedad. Pronto, el desigual acceso a la vacunación y los juegos de poder entre corporaciones y estados nos volverá a poner frente al espejo. Las grietas se ensanchan bajo nuestros pies y no deberíamos olvidar que cuando no hay tejido social —intra e interfronteras— no hay red que palíe la caída.

Roturas, grietas, distancias de todo tipo, van sumando entonces heridas a las fracturas sociales ya abiertas. A lo largo de la trayectoria de *Kult-ur* hemos compartido reflexiones y propuestas de acción transformadora para combatirlas. Para nosotros, la vinculación con el contexto de la ciudad no deja de ser un punto de partida, un anclaje desde donde situar la observación y el análisis de la realidad que se pretende cambiar. Y en cada una de las etapas, hemos advertido de la emergencia de nuevas brechas (laborales, generacionales, culturales, digitales, educativas, de género...), nuevas violencias que generan abismos y que suponen un reto para la conciencia colectiva. En esta ocasión, incidimos en la brecha rural, definida como la incapacidad experimentada por las áreas no urbanas para alcanzar los estándares de calidad de vida, servicios y oportunidades vitales en comparación con las ciudades. La falta de cohesión territorial y de coherencia social se expresa, entre otras cosas, en el despoblamiento del mundo rural. Este declive es directamente proporcional a la decadencia de las grandes urbes puesto que, a medida que se agrandan las experiencias de inequidad y desigualdad en lo rural, crece el vacío de sentido de la ciudad como expresión de desarrollo comunitario. Por tanto, un plan de acción para el desarrollo sostenible e inclusivo en todas sus vertientes —económica, social, cultural y ambiental—, como pretende Naciones Unidas a través de su Agenda 2030, no puede obviar este hecho. Es necesario que desde las diferentes áreas rurales y urbanas, administraciones y colectivos implicados en este proyecto de desarrollo mantengan vivo el debate, el análisis y la acción conjunta para el logro de sus objetivos.

Como dice la presentación de este monográfico, las pequeñas diferencias son capaces de generar grandes distancias. A eso hay que añadir que cada una de esas pequeñas diferencias está atravesada por otras múltiples pequeñas diferencias en un juego de intersecciones que hacen aún más complejo el análisis y la acción. Por ejemplo, la distancia entre lo rural y lo urbano puede no experimentarse igual entre mujeres y hombres, entre inmigrantes y personas autóctonas, entre quienes tienen propiedad y quienes trabajan por cuenta ajena, entre jóvenes y personas ancianas. Pero entonces, si la clave está en las asimetrías de poder que multiplican sus efectos según las clásicas adscripciones económicas, de género, edad, etc., ¿por qué hablar ahora de brechas cuando queremos decir simplemente



desigualdades? El término se ha enredado en nuestro imaginario desde que se adoptara la doctrina de los derechos humanos como marco ético para definir y entender el desarrollo. Esta perspectiva implica asumir que es una vulneración de derechos cada expresión de distancia individual y social respecto a las políticas que deben potenciar la equidad y la igualdad. De este modo, las brechas sociales manifiestan la distancia, esto es, la situación real de una determinada desigualdad respecto al estándar que se pretende. Y se presupone que repararlas es un imperativo ético de las políticas públicas.

Aunque desde el punto de vista teórico el concepto de brecha social sea un tanto escurridizo y desde el punto de vista técnico, poco preciso, es significativo que Naciones Unidas lo haya adoptado por su dinamicidad y porque le confiere a la sociedad un papel decisivo. En este sentido, se dice que la acción de igualdad hay que construirla desde lo que la sociedad desea para sí en términos de justicia social. Es decir, como un valor y no como una adaptación a las condiciones dadas. La sociedad pasa de ser sujeto pasivo a un actor e intérprete del sentido de los cambios que se promueven. Por ese motivo, las brechas sociales incluyen un factor relacional y posicionado que resulta extremadamente sugerente para las estrategias culturales y educativas emancipatorias y transformadoras. Si la sociedad debe pensarse a sí misma y tiene que asumir su corresponsabilidad con el Estado a la hora de identificar las diferencias en las que se desarrolla la vida de las personas, la participación política adquiere una dimensión ética sustancial.

A menos que queramos diluir la sociedad en el agua de borrajas de lo moderno —ese adjetivo tan alejado de la vida como denunciaba Mafalda—, habrá que resignificar la acción colectiva para reducir las brechas que nos hieren. Ya sea desde el compromiso con el proyecto de modernidad inacabada que reivindicaba Jürgen Habermas, o desde la confianza en el potencial disruptivo y regenerador de la postmodernidad, la ciudadanía debe dar respuesta comunitaria a este reto. Combatir la apatía crítica y política y apelar sin descanso las sentencias del pensamiento único con el objetivo de recortar distancias y cerrar heridas sociales no sólo es un ejercicio intelectual; es un acto de coherencia democrática y de supervivencia cívica.

Castelló, diciembre de 2020.